

Descenso al oasis

Damián Cordones

Descenso al oasis

Colección SOYUZ # 15

Primera edición, octubre de 2018

© José Damián Carmona Cordones, 2018

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(www.edicioneseltransbordador.com - edicioneseltransbordador@gmail.com)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

Diseño de portada a partir de una fotografía de Mahdis Mousavi en unsplash.com

Depósito legal: MA 1247-2018

ISBN: 978-84-949226-4-0

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*





Descenso al oasis

Damián Cordones

Para Miguel Ángel Villalobos

Esa hora del desierto en la que el dromedario deviene mil dromedarios que ríen burlonamente en el cielo. Esa hora de la noche en la que mil agujeros se abren en la superficie de la tierra.

Mil mesetas.

Gilles Deleuze. Félix Guattari.

En la noche sombría merodea el basilisco. Aquél que la Luna, la eterna infecunda, engendró de extraño modo en la arena igualmente estéril. Éste es el secreto de los desiertos. Muchos dicen que el basilisco es una bestia. Pero no es verdad. Es un pensamiento que creció allí, donde no había suelo ni semillas, surgido de la eterna esterilidad, y que adoptó formas abigarradas que la vida desconoce. Por eso, nadie puede describir ese ser, porque es indescriptible, como la nada misma.

La mandrágora.

Hanns Heinz Ewers.

En nuestra maldición vemos todas las conexiones.

Watchmen.

Alan Moore. Dave Gibbons.

1. Una mancha en la tierra

Entre las dunas, Blanco comenzó a distinguir los signos de la mancha humana. El reflejo de la luz solar sobre una cúpula de vidrio. Objetos a través de los efluvios del desierto.

La avioneta descendió bruscamente y aterrizó en una estrecha pasarela de hormigón. Aislada, rodeada de contenedores con escombros y máquinas de



construcción. Había un pequeño cobertizo de plástico que parecía abandonado.

Desde la ventanilla observó el vehículo que lo esperaba. Bajó las escaleras. El piloto ni tan siquiera lo miró.

Llegó andando hasta el camino de tierra, hecho a base de repetir el mismo recorrido.

«¿Yassine?».

«Así es, señor».

«Rafael Blanco.»

Antes de subir al coche echó una última mirada atrás. El piloto reponía combustible subido en un pequeño pedestal. Lo imaginó de nuevo sobrevolando el estrecho.

De inmediato ellos atravesaban el desierto.

Una luz vertical y afilada caía sobre el capó del *jeep*. Blanco buscó en la mochila las gafas de sol y echó una ojeada al conductor.

Era joven, tal vez tímido. Sin quererlo, casi sin ser consciente, ya se había hecho a la idea de que Yassine era así, listo, humilde, diligente.

«¿Cómo está Álvarez?».

«Bien, yo apenas lo veo. Suelo moverme en el sector B».

«Hablas muy bien español».

«Gracias, señor».

«¿Has estado en España?».

«Sí, en Granada. Tengo familia allí».

«¡Granada! ¿Dónde en Granada?».

«Granada capital».

«Yo soy de Jaén, pero estudié y viví allí durante muchos años».

La mirada de Yassine permanecía fija e inmóvil en la arena.

Blanco comprendió que temía la pregunta por Carmona.

Avanzaron en silencio durante un largo trayecto. Se oían los botes de la mercancía del remolque y el chirrido de los viejos amortiguadores. Ellos se mecían al son de la orografía del Sáhara.

Yassine había sido curtido por el ambiente. Él era también el Sáhara.

«¿Vas y vienes?».

«No, sólo de vez en cuando».

«Resides aquí... ¿También tienes familia?».

«Sí, en las colonias».

Blanco percibió la tensión.

«¿Refugiados?».

«Exrefugiados».

«Es verdad, perdona».

«No hay problema, señor».

Sacó el teléfono móvil y lo encendió.

Después de un rato de pruebas, farfulló: «no hay señal, claro».

«Pronto», dijo Yassine.

Blanco sabía que ya lo había incomodado bastante. De todos modos, pensó, lo más sano sería romper cuanto antes cualquier posible tabú y preguntar con naturalidad. Ejercer sin titubeos el papel para el que había sido convocado.

«¿Se sabe algo?».

«¿A qué se refiere, señor?».

«Rafael, de tú. Ya sabes. Si se sabe algo de Carmona».

«De momento continúa desaparecido».

Estirando la mano derecha hacia el salpicadero agarró un trozo de papel.

«Notificación oficial del SIAH».

«¿Quién está al cargo en el B?».

«El ingeniero Beto, con sus ayudantes y algún secretario».

«Beto...», musitó Blanco.

«Usted hace falta».

Blanco, sorprendido por la confesión del conductor, añadió, tratando de no mostrar su sorpresa:

«No lo conozco».

Después, nada más que un par de comentarios acerca del paisaje y la señal de telecomunicaciones que Blanco detectó tras el paso por la primera torre.

Mientras se acercaban, con la mente divagando, el exterior se hacía borroso, se fundía en una sola nube distorsionada. El vacío inmenso lo absorbió hasta que vio el camino y los primeros bloques de bungalós.

Llegaron hasta una amplia superficie plana. La tierra tenía un tono rojizo, pero no era arcilla. Parado delante de una casetta algo más grande y cuidada, vio a un hombre alto y delgado con el uniforme de la compañía.

«Lo espero aquí», dijo Yassine.

Blanco salió del *jeep*.

«Déjelo, señor. Las maletas, luego».

Miró alrededor. Todo estaba en cualquier parte y eso era más evidente que nunca. Una certeza radical, de esas que ocurren muy de vez en cuando. Andando hacia la oficina sintió una vertiginosa extrañeza. Espacios abiertos donde debería haber esquinas, vacío donde se esperaba un bloque de edificios, arena donde una acera sucia. Luz salvaje donde un callejón de adoquines.

Álvarez le tendió la mano con el cigarrillo pillado en los labios.

Una energía fría, como si fuera de cristal, corrió por sus venas y le atravesó el cuerpo.

Se quedaron parados frente a frente. Blanco, indeciso y aturdido; hacía mucho calor y empezaba a dolerle la cabeza. Álvarez, encorvado, con la mirada perdida. El humo ascendía a través de un bigotillo ligeramente pelirrojo que tal vez había sido tostado por el sol.

El gerente empujó la puerta. Era de plástico. Blanco deslizó ligeramente la mano sobre la superficie. De pronto todo se cubrió de sombras. La temperatura cambió de repente. Siguió la estela de Rodrigo Álvarez en la oscuridad. Las ventanas del bungalow estaban cerradas con trapos y cortinas suplementarias.

Llegaron a una pequeña habitación. La oficina de Sunset instalada en el sector A. La luz de un flexo iluminaba el habitáculo con una tonalidad ambarina. En la mesa había un teléfono viejo o un fax, un ordenador portátil, papeles y un enorme cenicero. Alrededor, estantes con documentación y algún logotipo de la compañía. Era

una oficina artificial, situada en el corazón de la jungla de arena. Blanco pensó en su despacho, también eso era artificial, caído allí en una habitación en una calle cualquiera de Málaga, en una jungla de hormigón.

Un movimiento inesperado lo sobresaltó. Al fondo de la habitación había un hombre sentado de espaldas.

Este se levantó y le ofreció la mano.

«Mi segundo, secretario Xabier Gascón».

«Bienvenido».

«Rafael Blanco».

El hombre volvió de inmediato para introducirse en la aureola de aquella mesita de oficina. Se sentó y continuó con sus labores administrativas.

«¿Qué tal el viaje?».

«Cansado. ¿Puedo beber?». Al señalar hacia una pared, donde había visto la máquina dispensadora de agua, observó que en la mesa del gerente había un plato con comida. «¿Qué tal por aquí?», añadió.

«Mejor en el A que en el B. Tú mismo. Los vasos están ahí».

La oscuridad entorpecía aún más sus movimientos.

«Nos protegemos de la luz. Demasiada luz. Siéntate. Estaba aquí con el almuerzo».

El flexo le iluminaba sólo un lado de la cara. La camisa del uniforme estaba descolorida, la tela se había desgastado. El escudo del logotipo colgaba, desdibujado, a punto de desprenderse. Álvarez hablaba como si Blanco fuera una sombra a un kilómetro de distancia. Como si su mirada de plástico, perdida, vacía, automática, no pudiera detectar la influencia afectiva de un cuerpo humano.

De pronto la habitación se convirtió en un espacio transido por el silencio.

Álvarez empezó a comer.

Al fondo, oculto también por la penumbra, el secretario Gascón se empleaba cabizbajo con los diversos asuntos administrativos.



«Perdona», susurró el gerente.
«No importa».
Se escuchaba el ligero soplo del aire acondicionado y el masticar de Álvarez.
Un trallazo repentino de electricidad atravesó el cráneo de Blanco y temió un ataque de migraña.
Se levantó y volvió a llenar el vaso.
La boca estaba seca, con un extraño gusto a tierra húmeda.
«¿Qué tal la familia?», preguntó el gerente.
«Bien. Mi mujer y yo nos separamos hace ocho meses. Mi hijo estudia en Madrid».
«Bueno. Será lo mejor así».
«Sí».
«¿Bien por aquí?».
«Ya sabe lo de Carmona. Una gran pérdida para la compañía. Carmona era el único experto en el sistema ghout. Casi todas las infraestructuras las diseñó él».
«Lo sé».
«Tiene trabajo allí. La cosa se descontrola a pesar de ese salvaje de Beto».
«Yassine me dijo...».
Álvarez hablaba para sí mismo. Cuando levantaba la cabeza del plato, miraba oblicuamente hacia un lugar donde no estaba el cuerpo de Blanco, y éste comenzó a pensar que tal vez el gerente estaba perdiendo la vista, fulminado por tantas horas de excesiva claridad.
«¿Qué ha pasado?», añadió. ¿Se sabe algo?».
«¿Carmona?».
«Sí, qué ocurrió».
Rodrigo Álvarez soltó los cubiertos sobre el filete y levantó la cabeza. Mirando hacia el vacío, con la mitad de su rostro oculto tras la luz del flexo, dijo algo que parecía haber pensado ya mucho.
«África es seductora, compañero. Demasiado tiempo. Carmona estaba ya muy seducido por el influjo. Aquí, como empezará a comprender muy pronto, las cosas empiezan a verse con cierta

clarividencia. Usted es andaluz, ¿no?, en el fondo ya sabe sobre eso».
«¿Cree que ha huido?».
«Desertar. Nueva vida. África es femenina, amigo. Carmona es un tipo inteligente. Todo tiende a la madre, al origen, sobre todo cuando uno está en el desierto».
«¿Se lo dijo?».
«No. Nuestra relación siempre ha sido profesional, muy profesional, tengo que decir. Esas confidencias no suelen expresarse, tan sólo se dejan ver. Lo entiendo, en definitiva».
Apartó el plato y se restregó la servilleta con descuido.
«Eso sí», añadió, «aquí nos deja jodidos. Imagino que habrá repasado el informe».
«¿Cómo?».
«El informe».
«Sí, sí».
Blanco divagaba en la oscuridad, mentalmente agotado y disperso. Dio un trago más de agua y después la escupió en la mano y se refrescó la nuca.
Álvarez sacó un cigarro. Empujó ligeramente el escudo de la compañía sobre el bolsillo de la camisa. Como si fuera una pegatina.
Le ofreció el paquete.
Sin saber exactamente la razón, el ingeniero cogió uno.
«Llevo casi dos años sin fumar».
«Aquí, este tipo de cosas ayudan, lo hace un poco más llevadero».
Palpó en los bolsillos con la mirada suspendida en el limbo. Después se levantó y fue hacia una de las estanterías. Blanco observó las botas altas llenas de polvo iluminadas por la luz amarilla del flexo. La figura alta y desgarbada del gerente le daba la espalda y lo escuchó trastear. Abrió una pequeña caja de metal con una pequeña llave que había encontrado en alguna parte del uniforme.

«Hágame caso», dijo.
Sobre la mesa dejó una gran piedra de hachís.
Desconcertado, Blanco la miró sin saber con exactitud lo que era y lo que debía hacer. Dio una calada al cigarro paladeando un angustioso sabor de boca.
«Hágame caso», repitió. «De vez en cuando. Para la soledad y el silencio. El desierto crece a diario. Hay que respirar un poco de vegetación. Un poquito de bosque».
«No fumo desde la universidad».
Gascón salió de su cápsula silenciosa de luz. Sobre el escritorio dejó una gruesa carpeta.
«El dossier», dijo.
«Tienes trabajo, amigo Rafael».
Blanco buscaba en algún lugar el origen físico de esa nueva manifestación de afecto, pero el rostro del gerente permanecía frío y fantasmal. Una mirada de plástico que se difuminaba tras el humo del tabaco.
«Piscifactoría. Acuífero y vías del tren».
«Sí», dijo Blanco.
«La piscifactoría está casi. Me refiero a la estructura de recipiente. En el acuífero, según las últimas noticias de Carmona, continuaban con labores de perforación y apertura de vasos comunicantes. Hemos perdido maquinaria. Dos excavadoras, un camión se rindió ayer... y... esperamos que tras la visita de Ruidargo el avión carguero nos lo reponga. Los mecánicos dicen que están muertos. Las máquinas bufan en el desierto».
«¿Ruidargo, el consejero?».
«Sí. ¿No está informado? Hoy, sobre las una, una y media», miró el reloj, acercándolo al haz dorado que atravesaba su cara, «recibes un buen cargamento».
«¿Maquinaria?».
«Mano de obra. Los peones también se agotan».
«¿Colonias?».
«Un poco de allí y de acá».

«En el dossier se indica procedencia».
La voz de Gascón llegó desde las profundidades de la oficina.
«Esta tarde, tarde-noche, llegan el consejero y sus secuaces. Toda esa chusma burocrática».
Blanco, abrumado, tan sólo deseaba salir.
«Ponga usted orden allí y dígame a Beto que sigue siendo un miserable ingeniero».
«Espero que no sea necesario». Se levantó agarrando la carpeta.
Álvarez permaneció sentado, en ese lugar oscuro tan lejano.
«Le aviso sobre el encuentro con Ruidargo».
«Bien».
«Correo interno».
Gascón se levantó de nuevo.
«Mapas, direcciones, y una perspectiva de los trabajos realizados en otros sectores. Planos y trabajos ya hechos en zonas periféricas».
«Póngase las gafas de sol antes de salir», dijo el gerente.
Enfiló, casi a ciegas, hacia la puerta, en busca del pasillo.
«¡Blanco!», gritó. «Se le olvidaba esto».
Levantó el trozo de hachís.
El secretario lo cogió y se lo entregó en mano.
«Duro y seco como una piedra», dijo, dejando escapar una ridícula carcajada.

2. Un presagio sádico

Yassine permanecía en el interior del coche. Impertérrito bajo una tonelada de luz caliente.
«Estoy cansado», dijo Blanco.
«¿Vamos al bungaló?».
«Sí. Esta tarde pasaré por las instalaciones».
El jeep se puso en marcha siguiendo un camino de tierra.
El ingeniero abrió la carpeta y comenzó a hojear los documentos. Pero pronto